COMPOSICIONES

LITERARIAS

DE

D. ANDRÉS BLANCO Y GARCÍA,

PREMIADAS EN LOS

JUEGOS FLORALES DE MURCIA

EN SETIEMBRE DE 1883,

EN EL GRAN CERTAMEN LITERARIO

DE LA

REAL ACADEMIA DE BUENAS LETRAS DE SEVILLA

EN ABRIL DE 1884,

Y EN EL CIENTIFICO-LITERARIO

PROMOVIDO POR EL

CENTRO DE LECTURA DE REUS

EN IGUAL FECHA.

MURCIA, 1884.

Establecimiento Tip. de La Paz,

ZOCO, 5.

DMUR

35

COMPOSICIONES LITERARIAS.

BIBLIOTECA REGIONAL
1054511

39722
DMUR
35

COMPOSICIONES

LITERARIAS

DE

D. ANDRÉS BLANCO Y GARCÍA,

PREMIADAS EN LOS

JUEGOS FLORALES DE MURCIA

EN SETIEMBRE DE 1883,

EN EL GRAN CERTAMEN LITERARIO

DE LA

REAL ACADEMIA DE BUENAS LETRAS DE SEVILLA

EN ABRIL DE 1884,

Y EN EL CIENTIFICO-LITERARIO

PROMOVIDO POR EL

CENTRO DE LECTURA DE REUS

EN IGUAL FECHA.

MURCIA, 1884.

Establecimiento Tip. de La Paz,

ZOCO, 5.

R 92.569

MURCIA

Ruiz-Funes

Juegos Florales de Murcia.

Poesía premiada con *una escribanía alegórica* ofrecida por el Excmo. Ayuntamiento.

EL ULTIMO ADIOS.

I.

Sobre las torres de la Alhambra, ondean
victoriosos, por fin, los estandartes
de Aragón y Castilla. Sol de fuego
haces ardientes de su luz derrama
sobre la perla del Genil que, muda
de espanto y de terror, escucha el canto
que al cielo eleva la cristiana hueste

al plantar en los muros de Granada
la sacrosanta Cruz. ¿Dónde se encuentran
los guerreros que un tiempo, enardecidos
por el Korán, con su tajante acero
imperios tras imperios conquistaron?
¿Dónde los que en Bib-Rambla, ante las bellas,
mirto y laurel ciñeron á su frente,
y en cien empresas singular renombre
de valor y nobleza consiguieron?

Ah!... todo concluyó. Del castellano
la indómita pujanza, vengar pudo
la afrenta de Jerez. Siglos y siglos
luchando sin cesar, llevó su encono
desde las rocas del Pirene, al linde
en que arrogante elévase el Veleta.
Y aquel jardín donde forjó su cielo
del musulmán la mente soñadora,
para adornar del vencedor las sienes
sus flores le ofreció. La raza altiva
que ocho siglos atrás surcó los mares
llevando en pos de la victoria el génio
del progreso triunfal, rota y vencida
se preparaba á repasar las olas
para ocultar su luto y su vergüenza;
y los que un tiempo admiración del mundo
por su ciencia y valor fueron, hoy párias
iban tal vez en servidumbre humilde
á sepultar los restos de su gloria,
no sin dejar en soledad y olvido
las sagradas cenizas de sus padres

que, desde el fondo de la helada tumba,
se estremecían con horror.

Ni un brazo
blandir osaba el fulminante hierro
que mostró su poder con el terrible
y valeroso Muza, ya rendido
al golpe de su misma desventura,
y el vencido estandarte del Profeta,
desgarrado en girones, en el polvo
sus timbres arrastraba, para alfombra
de su antiguo rival. ¡Fatal destino!
¿Quién sabe su grandeza y sus misterios?
Los designios de Dios, impenetrables
siempre estarán á la razón del hombre,
y las tribus, los pueblos y las razas,
por incógnitas sendas dirigidos,
marcharán á su fin.

II.

Boabdil, en tanto,
inclinada la frente por el peso
del dolor que su espíritu abatía,
del Padul en las lomas se internaba
con hondo suspirar. La viva imagen
de su hermosa Granada, apareciendo
ante sus ojos, como hurí celeste
que entre albas rosas sus encantos vela,
por sus hinchadas venas difundía
frio de muerte que su pecho helaba.

Ay! aquella ciudad, aquel recinto
donde el génio oriental trazó un conjunto
de maravillas mil; dó el Nazzarita
el más bello florón de su corona
forjó al sacar de las entrañas duras
de la sierra el portento de su Alhambra;
aquel encanto, en fin, donde los cielos
sus dones derramaron amorosos
y donde el áura acarició la cuna
del fugitivo rey, ya del cristiano
aprisionado queda, y los altares
de la agarena ley, ruedan á impulsos
de otra fé más patente que levanta
sobre el Islam el castellano trono,
sobre el Korán la Cruz.

La comitiva
del mísero Boabdil, participando
del dolor de su rey, seguía lenta
y silenciosa la empinada cumbre,
y el áspero trotar de los corceles
por las quiebras del monte resonaba
cual eco de una tumba. Sólo altiva
una figura allí, fuego vertiendo
por sus negras pupilas, cual esfinge
de la venganza, sobre el noble bruto
se destacaba majestuosa y bella
al viento dando su alquicel flotante.
Era Aixa, prodigio de hermosura,
madre del rey aquel en cuyas manos,
marchito el láuro que timbró su escudo,

el poder agareno sucumbía.

III.

Tras fatigosa marcha, en la meseta
del alto del Padul, de donde arranca
de Geb-Nevada la gigante mole
y de por vez postrera el caminante
alcanza á ver el granadino suelo,
paró la régia comitiva. El triste
y afligido Boabdil, de su caballo
descendiendo, posó su vista ansiosa
en la bella ciudad que, allá á lo lejos,
sobre alfombra de flores reclinada
como sultana voluptuosa, eleva
al cielo sus gallardos minaretes.

A sus plantas la vega se extendía
por el Genil bañada. Cien vistosos
y blancos caseríos, cual palomas
posándose en el césped, á los rayos
mostrábanse del sol. Las azuladas
lomas de Sierra-Elvira, el horizonte
cortaban, y su pié, como un vigía
mudo y aterrador, el campamento
del audaz castellano, convertido
en alegre ciudad, se destacaba.
¡Cuánta hermosura, mas con qué tristeza
presentábase todo ante la vista
del mísero Boabdil, cuya amargura
apenas conteníase en su pecho!

Era la imágen del dolor. Nublados
por abrasadas lágrimas los ojos,
entreabierta la boca y suspirante
y extendidos los brazos, contemplaba
su ya perdido edén, donde los dias
de su niñez pasó. Tristes recuerdos,
acudiendo en tropel á su memoria,
alzaban de su pecho destrozado
roncos gemidos, cual del mar, el soplo
del huracán desenfrenado encrespa
con sordo acento las bullentes olas,
y buscando en sus ánsias sólo un punto
de reposo á su espíritu doliente,
con débil voz y fatigado aliento,
—Adiós, Granada, mi Granada—dijo,
y anudándose al punto su garganta,
la cabeza abatió.

Supremo instante.
La realidad aterradora y fría
iba á apartarle de su amor, tronchando
para siempre la flor de su esperanza,
y el destino, impulsándole inflexible
á un abismo sin fin, de la amargura
el ponzoñoso cáliz le ofrecía
para apurarlo hasta las heces. ¡Cuánto
sufrió Boabdil! Como la débil hoja
que en remolinos arrebata el viento,
juguete así de la implacable suerte
cruzaba el mundo. En la abrasada arena
del Africa su tumba á buscar iba

donde ofrecer á la insaciable Parca
su vida inútil ya.

Cual si su angustia
naturaleza respetar quisiera,
ni el más leve rumor interrumpía
el lúgubre silencio que reinaba
en torno de aquel rey. Hasta sus nobles,
el llanto reprimiendo y los latidos
del desgarrado corazón, los ojos
bajaban, en señal de triste duelo
por tan fiero penar. Ya el sol poniente
irradiaba sus últimos fulgores
que lentamente en la penumbra inmensa
como ilusiones vagas se perdían,
y pronto las tinieblas con su manto
envolverían la ciudad lejana,
como envuelve un sudario el cuerpo inerte
del sér querido que la avara tumba
robó á nuestro placer.

IV.

La madre, entonces,
del más vivo furor presa, avanzando
su fogoso corcel, posó en el hijo
su mirada terrible, do el coraje
y el dolor sus fulgores destellaban,
y loca ya, con irritado acento,
de esta manera le increpó:—»Sí, llora,
llora como mujer, ya que cual hombre

no has sabido morir entre las ruinas
de esa ciudad que al vencedor le diste:
llora, ya que tu estrella desgraciada
en mal hora alumbró, y el áureo cetro
de Alhamar, por los tiempos respetado,
en tus manos rompióse. Llora y mira.....
Generalife allí, divino carmen
colgado de una peña: al pié la Alhambra
entre sus bosques de eternal verdura.....
Míralo todo bien: allá el encanto.....
en tí la soledad, con el oprobio
que en sus letras el libro de la historia
por siempre escribirá.»—

Dijo, y torciendo
del caballo las bridas, por las breñas
lanzóse á escape, sin volver la vista
al aturdido rey que la escuchaba.
Hiriendo al punto la exaltada mente
de Boabdil mil ideas, como á impulsos
de evocación diabólica, espantables
fantasmas á su vista se mostraron
que del fondo del valle parecían
surgir llenos de horror. Aquellos séres
de aterradoras formas, extendiendo
sus descarnadas manos, le miraban
maldiciendo su nombre. Lentamente,
como en óptica vaga, en sombras densas,
cruzar la historia vió de los kalifas
que en Córdoba su fama alto renombre
por siempre conquistó, dando á Granada

en herencia el tesoro de su numen
y su ciencia y su fé. Después, tomando
parte en la danza horrible, sus mayores
á sus ojos atónitos mostraban
el estandarte de Alhamar, que nunca
humillado se vió, mientras su pueblo
por su Dios y su pátria combatía.

Contrastando á la vez con aquel cuadro
que forjaba el delirio de su mente,
despedazado vió su mismo trono
por asquerosas guerras que amenguaban
el poder musulmán. Y cual cortejo
digno de tanto horror, en pós surgían
sus nobles y valientes Bencerrajes
al furor de sus celos degollados,
mientras por velos fúnebres cubierta
de Nazzar la diadema, ya sin gloria,
rodaba hácia insondable precipicio
por sus pasiones empujada.

Entonces
aterrado Boabdil, quiso su vista
apartar de aquel sitio, y ya sin fuerzas
sus rodillas dobló. Ósculo ardiente
estampando en la tierra, dió un suspiro
que en sus alas llevó rápido el viento,
é irguiéndose al instante, sobre el bruto
saltó como de un vértigo impulsado.

. . . . . .

Un momento después, ya para siempre

las cimas de los montes ocultaban
la vega y la ciudad, y el rey proscrito,
mezclado con sus nobles, se perdía
en las revueltas de la agreste sierra,
para encontrar de su Granada lejos
hospitalaria y cariñosa tierra.

Certamen Literario de Sevilla.

Oda premiada con *varios objetos artísticos de plata*,
regalo de S. M. la Reina D.ª Isabel II.

LA RAZON Y LA FE.

¿A dónde va la humanidad? ¿Quién guía
su rumbo por el áspero camino
que recorre la inquieta fantasía?
¿Vislumbra acaso el fin de su destino
la atrevida razón, ó el pensamiento
ardiente, como el fuego que caldea
el cráneo, en incesante movimiento
vaga ráudo en los mundos de la idea,
y ora ante la virtud, dulce palpita

y el anhelante espíritu engrandece,
ora ante la pasión alienta y crece
y en abismo insondable precipita
su génio soñador? ¿Tal vez buscando
horizontes sin fin, donde su historia,
brillante luminar tras sí dejando,
vaya escrita con ráfagas de gloria,
pretende, entre la duda y la esperanza,
rasgar el velo que en tiniebla oscura
su pequeñez envuelve, y sólo alcanza
triunfos que anega en mares de amargura?

¡Quién sabe! Noble afán el pecho enciende
con misterioso ardor. La viva llama
que arde en el corazón, doquier extiende
las ondas de su luz, y cuanto inflama
se inclina al fin á la potente mano
del hombre audaz que el tenebroso arcano
aspira á conocer de su existencia.
Hiende los áires con pasmoso vuelo
en alas de su ardiente inteligencia,
sorprende entre los ámbitos del cielo
la ley universal, y al incesante
vértigo que le agita, enardecido
quiere humillar ante sus piés la tierra;
sobre el hinchado mar se alza gigante,
y del horno volcánico encendido
las fuerzas mide que en el seno encierra.
Y el polvo de los siglos removiendo,
se agita del pasado en lo profundo
mientras va su corona entretegiendo

con verdes láuros que le ofrece el mundo.

Ah! ¡cuántas veces desde el borde mismo
de su cuna, que en nieblas aún velada,
se oculta allá del tiempo en el abismo,
lanzó ansioso al espacio su mirada
buscando la verdad dulce y tranquila;
y cuántas el error, falsos colores
y galas revistiendo, su pupila
fascinó, oscureciendo los fulgores
de esa luz que en el alma reverbera.
Mas siempre la razón noble y severa,
como brillante sol apareciendo
tras negra nube, su esplendor vertía
sobre las brumas del error, haciendo
brotar ante su paso la armonía
con su impulso no más. El génio entonces,
con diadema de flores coronado,
bajó á esculpir en mármoles y bronces
de la idea el poder. A su sagrado,
mágico acento que en los orbes suena,
espacios mil se abrieron, y triunfante
alzó su frente plácida y serena,
surcó del éter la extensión radiante,
y tras su estela de esmeralda y oro
que los cóncavos cielos esmaltaba,
á la asombrada mente presentaba
de ciencia y arte sin igual tesoro.

Y los siglos rodaron, y á la cumbre
del terreno saber llegar ansiando

la altiva humanidad, en viva lumbre
su numen encendía, arrebatando
secreto tras secreto á la natura
que, avara de sí misma, en lucha horrenda
defiende sus misterios con bravura
hasta quedar vencida en la contienda.
Y cual semilla que en el fértil prado
arráiga y crece y séres multiplica,
cada nuevo secreto conquistado
por la ciencia del hombre, de otra rica
y sorprendente muestra fué el orígen:
sus lazos estrecharon las naciones
á la voz sacrosanta del progreso;
las várias leyes que los pueblos rigen
quebrantaron por fin los eslabones
que abrumaban al hombre con su peso.....
sonó de libertad la voz potente,
y al proclamarse la razón humana
del imperio del mundo soberana,
humillaron los déspotas su frente.

Mas ay! que al par que el hombre en su porfía
sigue adelante, la pasión que brota
dentro del mismo pecho, cual sombría
tempestad que los mares alborota,
turba la paz del corazón. Su planta
doquier imprime la soberbia impía;
mientras el pensamiento se abrillanta,
el dulce sentimiento, la fé pura
en el fondo del alma se oscurecen;
junto á la hermosa flor de la ventura,

espinas mil emponzoñadas crecen;
y en la contínua y desigual batalla
que la fé y la razón riñen, estalla
como fuego que ruge comprimido
en las entrañas de la tierra, el rayo
de la duda que todo lo envenena;
poco á poco á su férvido latido
sucede en el espíritu el desmayo,
con voz pregunta de zozobra llena
por su antiguo reposo, y ni aún el eco
á su acento fatídico responde.....
y está del goce el manantial ya seco,
y su amorosa faz la dicha esconde.

¡Misterio incomprensible! ¿Quién se atreve
el enigma á explicar? ¿Es que á un abismo,
cuando incáuto sus piés el hombre mueve,
le arrastra despiadado el fatalismo
y su adorada libertad no existe,
ó es que su misma libertad desata
como ráuda y rugiente catarata,
si su fuerza un obstáculo resiste
el turbión de los males? ¿La fé acaso
y la ciencia, en eterno desconcierto,
han de atajar el victorioso paso
del progreso, y un árido desierto
han de ver siempre los cansados ojos?
¿Es que la fé los orbes ilumina?
¿Es que de la razón nacen abrojos?
¿Es la primera un astro que declina
ó el sol de la verdad? ¿Es la segunda

hija de Dios ó de Luzbel el grito,
y al remontar su vuelo al infinito,
de vaga oscuridad todo lo inunda?

¡Nadie sabrá explicarlo! ¿Qué es el hombre
sin fé en el corazón? Páramo horrendo
donde ni aún vibra del amor el nombre;
sepulcro vivo que, su losa abriendo,
muestra sólo la nada. ¿A dónde, falto
de esperanza y de luz, su vista ansiosa
tiende para calmar su sobresalto?
En su fiebre contínua y espantosa
le asaltará la angustia y el hastío,
y al sentir en las fibras de su pecho
penetrar el dolor punzante y frío,
insomne, revolviéndose en su lecho,
su espíritu hallará sólo el vacío.
¿Y qué es el hombre sin razón? Escoria,
podredumbre no más. Todo á su lado
indiferente cruza. De la gloria
no le alienta el latido. Inerte, helado
su pensamiento está. La omnipotente
y augusta majestad de Dios no siente;
y al elevar al cielo su mirada,
al ver los soles que en el ancho espacio
con orlas de diamante y de topacio
forman del Sér Eterno la morada,
al ver la vida allí, nada descubre....
de la ignorancia vil el polvo denso
su vista anubla y su cerebro cubre
como un manto de muerte, oscuro, inmenso.

¿Por qué esta lucha eterna? ¿A dó camina
así la humanidad? Si de la ciencia
el esplendente sol nos ilumina;
si se agranda la noble inteligencia
con sus rayos purísimos; si el alma
en la insaciable sed que le devora
aspira á conquistar la hermosa palma
que sacra luz de lo infinito dora;
si la verdad que en Dios tiene su asiento
y con hondos misterios nos circunda
excita al atrevido pensamiento
y lentamente en claridad lo inunda,
¿ha de ser un esfuerzo estéril, vano,
cuanto descubra la razón? ¿La vida
no traspasa los lindes de lo humano?
¿La aspiración que en nuestro pecho anida
ha de tornarse en punzadora flecha,
y cual Tántalo siempre, de la altura
ha de rodar del hombre la ventura
con su propia ambición, rota y deshecha?

Ah! no, no. El hombre marcha por la vía
del progreso que á Dios le acerca. El vuelo
de su noble y potente fantasía,
cuanto descubre en su creciente anhelo,
los oscuros problemas que resuelve,
los monumentos mil que admira el mundo,
la red gigante que la tierra envuelve
y su fortuna y su riqueza labra,
de su esfuerzo titánico el fecundo
portento que eterniza la palabra,

no son sueños de gloria disipados
como la leve y cristalina gota
que vierte el alba en los risueños prados;
no son la dulce y vacilante nota
que en la extensión se pierde cual la queja
de solitario corazón que gime:
¡son los rayos de luz que Dios refleja
cuando su beso en nuestra frente imprime!

Si alguna vez la humanidad lograra
de la fé y la razón unir los lazos;
si esa lucha infecunda al fin cesara
y de la ciencia los amantes brazos
ahogaran la pasión, cuyo veneno
se difunde en el alma lentamente
cual se arrastra en el fondo de la fuente
reptil que oculta el reposado cieno,
entonces, ah! la libertad sagrada,
el noble pensamiento, la fé ardiente,
juntos alzaran de armonías lleno
su vuelo prodigioso. La exaltada
mente surcando por la extensa zona,
de la verdad el sol contemplaría,
y para ornar su terrenal corona
un rayo de aquel fuego arrancaría.
Mas ay! ¿sucederá? ¿Quién lo futuro
se atreve á predecir? ¿Dó está la clave?
Mudo está el cielo, el pòrvenir oscuro...
¿Brillará á nuestros ojos? ¡Dios lo sabe!

Certamen Literario de Sevilla.

Canto épico premiado con *una obra literaria*, ofrecida por el Excmo. Sr. D. Camilo Polavieja, Capitán general de Andalucía.

RECONQUISTA DE SEVILLA

POR EL REY D. FERNANDO III EL SANTO.

I.

¡Cuán hermosa es Sevilla! ¡Cuán galana
á los fúlgidos rayos aparece
del sol que alumbra su esplendor y encanto!
Vedla en su alfombra de esmaltadas flores
que el ambiente perfuman, reclinada
como odalisca que sus gracias muestra
al goce del amor. El ancho Bétis

que á sus plantas suspira enagenado
besando de su régia vestidura
el bordado festón, con grato arrullo
lleva al undoso mar los dulces ecos
de las moriscas zambras, que aún resuenan
en el pueblo feliz, reflejo siempre
de la pasada edad llena de gloria.

En esa historia que la mente humana
á través de los siglos aún recrea
y, rodeada de celeste nimbo,
surge rasgando la tiniebla oscura
del tiempo destructor, contempla el alma
el poder musulmán, vencido y roto
á los piés de la cruz que, en las almenas
del sevillano muro, plantó un día
del santo rey la vencedora mano.
Allí al acento del clarín guerrero
y al bélico latido con que ardiente
palpita el corazón, en sangre tinto
brilla el acero á cuyo golpe rudo
brota la libertad. De las cadenas
el hierro vil en polvo se convierte,
el canto de victoria el viento rasga
y el estandarte de Castilla flota
sobre las ruinas del Islám, cual lleno
de majestad sublime flotó un día
en Córdoba y Jaen.

Páginas bellas
cual las flores que adornan sus jardines

tiene Sevilla en tan preciada historia:
lucha fué en que el alarbe altivo y fiero
su fé y su pátria defendió con brío
y en que del gran Fernando el nombre augusto
llenó de espanto á las moriscas huestes
que opusieron en vano su arrogancia
para atajarle en su triunfal carrera.
Lucha de raza y religión, en donde
los ódios seculares de dos pueblos
su fuerza contenida desataron,
como fuego que hierve en las entrañas
de gigante volcán, cuando impelido
por fuerzas interiores, hácia el cráter
se precipita en torbellinos densos.

De Hassen la sombra aterradora y fría
áun surge en la campiña, cuando el curso
media la luna en la tranquila noche;
y parece que esmaltan la llanura
mil blancos alquiceles, recordando
del pueblo aquel los últimos instantes
cuando á la lid intrépido lanzaba
con sin igual ardor sus escuadrones.
Lamentos y dolores, llanto y luto
y alegría y contento en rara mezcla
percibe allí la arrebatada mente,
y se escucha la voz del manso viento
entre las verdes frondas, que aún repite
suspiros regalados y amorosos
ó tétricos gemidos de agonía.

+

¡Empresa singular!... Oh! ¡quién pudiera
narrar grandeza tanta! ¡Quién guiado
por la celeste inspiración, raudales
de armonía vertiera, al son del arpa
que estremecida de placer suspira
sus notas al lanzar! ¡Quién de su cielo
la claridad tomando y los colores
ó el sacro fuego de su luz febea,
trazar supiera el portentoso cuadro
de esa epopeya que, enlazando á un tiempo
Covadonga y las Navas á sus glorias,
hirió de muerte el corazón bravío
del musulmán feroz.

Mas no; si falta
grato son á mi lira, el pecho ardiente
su fé y su aliento mostrará al recuerdo
de la hermosa ciudad, en cuyos timbres
de lo inmortal el sol fundió su brillo.
Brote mi canto cual lo siente el alma.
Si es pobre el numen, de Sevilla el nombre
sublimará las rudas melodías,
y el aroma que exhalan sus pensiles
mezclará en mis cadencias su tesoro
para que al fin mi voz su acento endulce
y digna al menos de cantarlo sea.

II.

Ya guerrero clamor los áires hiende...
ya el león de Castilla despertando,

muestra rugiendo sus potentes garras:
ya las haces cristianas que en cien lides
de su pecho el valor mostraron, llenas
de indómita arrogancia, al santo grito
de pátria y religión, su acero blanden;
y ansiando á la corona de Fernando
engarzar para siempre rica perla,
de Sevilla el recinto hollar pretenden
tremolando la Cruz sobre sus muros.

¡Y triunfarán! La fé que les anima
mil láuros conquistó. Si ella su brazo
un tiempo armó para vengar la afrenta
de Jerez, hoy también sabrá en el Betis
héroes sin cuento producir, y en polvo
convertir el Korán, cual seca arista
que en cenizas convierte al punto el fuego.
El nombre de Fernando será enseña
de gloria y esperanza, que propicio
quiso el cielo juntar á un pueblo grande
un rey grande también, para que el mundo
asombrado contemple la bravura
de los héroes que saben por su pátria
sucumbir ó vencer.

¡Pátria! tesoro
de amor y de ternura que despierta
en el alma recuerdos indelebles:
madre que en puro y regalado beso
arrulló las primeras ilusiones
que en la mente flotaban, alentando

de honor y de lealtad el noble impulso
que el cielo concedió sólo á sus hijos.
Harto tiempo gimió del moro esclava.
¿Quién hoy la olvida, si llegó el instante
de vengar sus injurias y tormento,
y el ruginoso hierro ya se afila
para que al bote de la dura lanza
también la mano con furor penetre
en el pecho de rábia y ódio henchido
del terrible muslín?

¿Quién freno pone
al bélico ardimiento, al fiero encono
que inflama el corazón, cuando aún ondea
entre el mar y Castilla el estandarte
de las razas de oriente? ¿Quién del pecho
puede ahogar el latido, si aún la planta
de extranjero invasor recuerda el llanto
que el acero tajante del Profeta
hizo verter, cuando entre sangre y luto
audaz llevó desde la bella Gades
á las cumbres heladas del Pirene
su aliento destructor? Oh, que la aurora
que brotó al noble esfuerzo de Pelayo
sol es que eclipsa el luminar del dia,
y el gran Fernando cuya sien circunda
del santo y del guerrero la aureola,
sellar decide en la morisca tierra
los timbres de su fé.

El moro, en tanto,

á los gritos de guerra respondiendo,
en su guarida agítase iracundo
como tigre que oculto en el ramaje
vé próximo su fin. La voz aguda
del muezzín convocando á los muslines
á la oración, á la mezquita lleva
tropel inmenso de bizarra gente
que, antes de alzar su pabellón al viento,
jura verter su sangre y dar su vida
en holocáusto de su pátria amada;
y parece que llena los espacios
atmósfera de muerte ennegreciendo
su purísimo azul, cual si el destino
extendiera su mano aterradora
ocultando la luz que muestra el dia.

Vierte la hermosa lágrimas de fuego
cabe la fuente que al rumor apaga
ante el gemido que del pecho brota.
Las cántigas de amor ya no resuenan
de la guzla al compás, ni en los jardines
se escuchan de las zambras los acentos
que mostraban del pueblo la alegria,
cuando exento de penas, sus pasiones
entre dulces afectos desbordaba.
Y del harén las músicas sonoras
acallan su rumor, cual si un preságio
triste anunciara al amoroso nido
su destrucción también.

De saña lleno

el castellano audaz los campos tala:
sus caballos veloces la ribera
pisan del Betis. A lo lejos brillan
con los rayos del sol, lanzas, broqueles
y máquinas de guerra que el espanto
infunden por doquier. Cien estandartes,
mezclando su matices á las flores
que al beso de la dulce primavera
el prado adornan, entre mar espeso
de espadas se revuelven, y tomando
parte en aquel ejército el Sublime
Alhamar, con sus huestes granadinas
al combate se apresta, y sus corceles
en apretadas haces guía ansioso,
cual si, al hollar el sevillano suelo,
con su alfanje quisiera el exterminio
llevar él solo al enemigo bando.

Pronto circunda blanco campamento
de Sevilla el recinto. Surca al punto
la flota de Vizcaya la llanura
del ancho mar, y hácia Sanlúcar vuela
con afán indecible. Bonifacio
ardiendo en sed de sangre, cual el buitre
que la presa ve ya, forzar ansía
del caudaloso río la corriente
y, destruyendo las moriscas naves
que el marroquí mandó, unir sus armas
á las que en tierra, llenas de heroismo,
férrea cintura á la ciudad oponen.

III.

Todo dispuesto está: sólo se aguarda
la señal del combate. El gran Fernando,
puesta en Dios su esperanza, al cielo eleva
su ardiente corazón, mientras su vista
dirige á los gallardos minaretes
coronados de inmóviles guerreros
dispuestos á luchar. No destructora
espada vibra en su robusta mano
sino modesta cruz que el rayo puro
de la pálida aurora en luz envuelve;
cruz que los triunfos del cristiano abona,
signo bendito que al hispano engríe,
y en cuya sombra el alma se cobija
como escudo que á un tiempo, incontrastable,
el cuerpo y el espíritu defiende
con divina virtud.

Al fin resuena
del clarín el acento: las ferradas
puertas de la ciudad ábrense, y miles
de fanáticos séres, empuñando
nudosa lanza ó afilado alfanje,
como torrente desbordado, corren
al castellano campamento. Pueblan
gritos de guerra los espacios. Brillan
al sol que nace las crujientes armas,
y pronto frente á frente los dos bandos,
como nubes opuestas que al empuje

del viento chocan, con ardor y brío
se arrojan entre sí, de muerte ansiosos,
para saciar la sed que les devora.

Retiembla el suelo bajo el duro casco
del corcel impaciente: el hierro estalla,
al titánico golpe del guerrero,
en menudos fragmentos. Sangre hirviente
riega al punto la tierra: tristes ayes
de dolor y agonía resonando,
aumentan el horror de aquella lucha;
y en un momento, confundidos todos,
cristianos y muslines, sólo dejan
percibir, á través del polvo denso
que cual fúnebre manto los envuelve,
masas informes que doquier se agitan
cual las olas del mar, cuando furioso
el huracán revuelve su hondo seno
con espantosa confusión.

Ni trégua
ni piedad se conceden. Muestran ambos
el ódio de su raza y religiones
que en la embriaguez de sangre se desborda
hiriendo sin cesar. Hassen, al frente
del sevillano ejército, su alfanje
blande inflamando del valiente el pecho,
y más de un castellano ante sus iras
su espíritu exhaló. Confía el moro
en su valor y número, y espera
arrojar al cristiano de sus lindes

en fuga ignominiosa, y multiplica
de su brazo las fuerzas; que á su espalda
una ciudad querida, presa en tanto
de indecible terror, tiende sus ojos
arrasados en lágrimas al hijo
que por su amor y por su fé pelea,
y con voz que percibe sólo el alma
le alienta con afán.

Mas ay! en vano
extrema Hassen su ardor y su denuedo
y las moriscas huestes anhelantes
también en vano con delirio luchan;
que ya el tercer Fernando, el gran caudillo
al castellano arenga con acento
mágico, celestial; y cual si un rayo
de la divina fé con él vibrara,
redóblase el valor, cantos se elevan
á Dios en medio del fragor, mezclando
al horrible concierto la armonía
de sus notas de fuego, y cunde al punto
en la morisca grey el desaliento.

Súbito crece en el cristiano altivo
el corage y pujanza. Cada golpe
arrebata una vida, y arrollando
cuanto á su paso encuentra, en un momento
ve huir ante la cruz, rotas, deshechas
las haces enemigas que medrosas
corren á la ciudad, como rebaño
de tímidas gacelas acosadas

por el activo cazador. Sevilla
de pavor se estremece, y con lamentos
que revelan su angustia, ve á sus hijos
tornar vencidos, mientras léjos suenan
los himnos de victoria que en sus alas
el viento lleva y cuyos ecos dulces
contrastan con los fúnebres gemidos
que en la aterrada población se escuchan.

¡Destino adverso!... ¿Quién de los profundos
misterios de la suerte puede el velo
rasgar un punto y sorprender las cáusas
que á los pueblos impulsan al camino
de su grandeza ó ruina? Los designios
del Sér Supremo á la razón ocultos
para siempre estarán, y nunca el hombre
impelido en los campos de lo ignoto
por fuerzas invisibles que Dios guía
sabrá su fin marcado. Cual las olas
suceden á las olas, las edades
y las naciones en creciente lucha
sucediéndose van, y ora á la cumbre
de su grandeza ascienden, ora ruedan
á un abismo sin fin, y desparecen
como polvo que aventa impetuoso
en el desierto el huracán.

Si un día,
por los vicios de un rey, las orientales
ordas triunfaron, y su férreo yugo
la cerviz humilló de España, apenas

pueden hoy contrastar el récio empuje
del guerrero español que, lentamente
su antigua pátria recobrando corre
de victoria en victoria. Estremecido
el Islám, de su cumbre ya desciende,
su misión en la historia el kalifato
de Córdoba cumplió; la cruz avanza
y pronto un nuevo triunfo hará á Castilla
señora de otro reino.

Ya la bella
y opulenta Sevilla, sus primeros
esfuerzos ve perdidos; tiembla y llora...
y un día y otro día renovando
la lucha desigual, siempre vencida,
mira á sus hijos perecer al filo
del hierro destructor. Al fin concentra
su dolor y sus ódios, cual si en ellos
un último consuelo le mostrara
su negra suerte, al ofrecerle el cáliz
que vierte de sus bordes la ponzoña;
y decidida á sucumbir, envuelta
en los escombros de su hogar en donde
las joyas vela de su amor, aguarda
su hora fatal, y en sus macizos muros
y en sus soberbias torres se encastilla.

IV.

La escuadra, en tanto, á la ciudad se acerca,
y al marroquí embistiendo, pronto tiñe

de rojizo color con sangre mora
las trasparentes aguas. Temeroso
huye el infiel al ver del vascongado
la intrepidez, y esconde con vergüenza
léjos de aquellos lindes su desastre;
y al par que hiende las hinchadas olas
al Africa tornando, de Castilla
y León la bandera desplegada
al arrullo del mar altiva ondea,
y el español en vítores prorrumpe
por su pátria y su Dios.

Libre ya el curso
del Bétis á las naves castellanas
estréchase el asedio. Al campamento
acuden nuevas huestes y banderas
y nobles que, un laurel ansiando, el brío
de su edad juvenil muestran gozosos.
Con ellos Vargas, gloria del hispano,
guerrero sin rival, cuyas proezas
terror al moro sevillano infunden,
gigante entre gigantes se levanta.
Allí de Urgel y Portugal los timbres
con Galicia y Vizcaya al sol relumbran;
del potente Aragón flota la enseña,
de Cória y Medellín brilla el escudo,
y todos oprimiendo de Sevilla
el murado recinto, la victoria
presagian, cual si el cielo respondiera
á la noble ambición que el pecho inflama.

Arrogante y ufano el del Algarbe,
con numerosas huestes aguerridas
que ágiles huellan la feraz pradera,
intenta socorrer al sevillano
rompiendo el cerco; mas en vano lucha
hacinando cadáveres al golpe
de su brazo robusto. El gran Maestre
de Santiago sus ímpetus rechaza;
cada cristiano, cual león hambriento
en medio de la arena, airado ruge,
y sin temor á la fatiga, extrema
su furor y su saña, hasta que acosa
doquier al moro que en cobarde fuga
abandona sus armas y estandartes
buscando sólo con veloz carrera
la vida que el contrario le concede.

¡Otra victoria!... El español bizarro
más redobla su anhelo. Ve delante
á la régia ciudad, cuya hermosura
no soñada jamás, ante sus ojos
con sorprendente majestad se ostenta.
Allí está su corona: allí en el seno
de la bella sultana sus amores:
allí la paz que tras la guerra nace
cual brota el sol tras el crespón sombrío
que la tormenta por el cielo extiende.
Allí está del pasado la venganza,
y en caractéres de diamante y oro
páginas mil escribirá la gloria
para hacer inmortal el nombre augusto

del santo rey que al castellano rige.

¡No hay esperanza ya! Los campeones
que, arrogantes ayer, de extraños reinos
volaron en auxilio de Sevilla,
huyen ó pasto de los buitres yacen
en el campo insepultos. Breves cruzan
las horas y los dias, y el estío
pasa también, y del otoño el manto
por valles y colinas ya se extiende.
Y en tanto el musulmán que sus guerreros
ve lentamente perecer y apura
sus bélicos recursos, triste cuenta
sus últimos instantes, cual en medio
de récia tempestad náufrago débil,
ante la tumba que en las olas mira,
cuenta de su existencia los momentos
próximo á sucumbir.

Todo es espanto
y horror en la ciudad. Hassen intenta
infundir su valor á los que en torno
de su bandera llama. ¡Esfuerzo inútil!
Agotados los bríos, no responde
el corazón, con su latido ardiente,
al pensamiento audaz. El cierzo helado
del otoño la sangre de sus venas
heló tambien, y el adalid, medroso,
por vez primera acaso llanto vierte
escondido en su hogar, testigo un tiempo
de sus dulces amores y alegrías.

Mas cual lámpara triste, agonizante,
que en el oscuro cláustro sus fulgores
concentra un punto, y crece y luz despide
más hermosa y más viva y luego muere,
el musulmán así, su fuerza uniendo
ante el último empuje del cristiano,
va también por vez última los bríos
de su pecho á mostrar, antes que triunfe
la cruz bendita que hácia el muro avanza.
Después... ¡sucumbirá! Nada le resta,
ni ilusiones, ni amor, ni dicha. Todo
pasó como fugaz aurora. ¿Puede
acaso renacer lo que la tumba
encierra avara en su profundo seno?

V.

Ved... ya suena el clarín. Los sitiadores
con entusiasmo sin igual se aprestan
al terrible combate. Tasca el freno
el caballo impaciente y se encabrita
al sentir en su hijar el acicate.
Espeso mar de lanzas y de escudos
del sol repele los fulgores. Mueve
el viento las banderas y penachos,
y á la voz de Fernando que el primero
corre á la lid, el castellano altivo
palpita lleno de esperanza y mira
coronado por ráfagas de gloria
el verde láuro de su noble anhelo.

¡Hueste digna en verdad de tal empresa!
¡gloria de España, admiración del mundo!
¡hijos de aquellos que temblar á Roma
hicieron en Numancia, y cuyos hechos
la fama pregonó de polo á polo!
¡Ellos hoy triunfarán! La media-luna
ante la cruz se postrará, y herida
el águila de oriente, hácia las rocas
del Atlas tenderá su ráudo vuelo,
entonando con fúnebres graznidos
el canto de su muerte, cual un dia
del simoun en las alas, el espacio
ensordeció cantando su victoria.

¡Ay, ya la hora en el reloj divino
sonó para las huestes del Profeta!
El Dios que el numen de Fernando inspira
fulmina el rayo de su diestra airada,
y en breve el sol alumbrará sangriento
el rojo airón de la morisca enseña
rasgado en cien girones, cual sudario
de su misma soberbia y arrogancia.
Sevilla será libre... ¡Sus floridos
vergeles que celeste hurí cultiva
y do el amor esparce sus dulzuras,
al vencedor ofrecerán sus rosas
para alfombrar su paso!

Corta el Bétis
la flota castellana, al tiempo mismo
que por tierra el guerrero avanza, y llega

al puente de Triana, donde el moro
se dispone á luchar de rábia ciego.
Nubes de flechas los espacios cubren
mil vidas arrancando. Pronto el rio
sepultura es de bravos campeones
que aún pretenden luchar entre las olas
al exhalar su postrimer aliento.
Nádie vacila en su valor. La sangre
enardece los ánimos. Sevilla
atónita contempla la matanza,
y muda de terror, con ánsia espera
su ruina ó su victoria.

De gigantes
duelo á muerte es aquél, y cuyos gritos
desesperados, roncos, enardecen
la pasión de las razas que allí muestran
sus ódios no extinguidos. Rivalizan
en saña y en denuedo. Bonifacio,
anhelando acabar aquel combate,
revuélvese iracundo; mezcla extraña
de combustibles mil arroja al puente
que en breve instante por su base cruje,
y levantando al cielo torbellinos
de abrasadoras llamas, al momento
sobre las turbias aguas se derrumba.

No hay ya piedad. Triana ve en sus calles
al cristiano por fin. La fortaleza
de Gales se rindió. Nada detiene
al que juró del moro el exterminio,

y un alarido inmenso se levanta
dentro del muro de la gran Sevilla.
También Fernando por opuesto lado
la Macarena embiste: sus guerreros
avanzan palmo á palmo, que si almenas
faltan deshechas por el rudo empuje,
del musulmán el pecho se convierte
en muralla que sólo con la vida
su paso cede al vencedor.

Ni un brazo
ocioso queda en la contienda. Todos
allí matar pretenden. Los clarines,
mezclando á la confusa algaravía
de voces y lamentos sus agudos
sones, parecen lúgubres quejidos
que á la morisma aterran, y enardecen
la sangre de los bravos castellanos.
¡Sevilla va á caer!... Crece el corage
que apenas puede contener el pecho
en el bravo español ante esa idea,
mientras al musulmán, cual plomo hirviente,
quema del corazón las hondas fibras.
¡Sevilla va á caer!... Sus defensores
con rapidez perecen, y agotadas
sus fuerzas, otra vez huyen sombríos
arrojando sus armas ya inservibles
para buscar su salvación.

No brotan
lágrimas de sus ojos, que sus fuentes

la amargura secó. Ni un ay exhalan
sus pechos, destrozados por violentas
emociones—¡Lo quiere Dios!—les dice
una voz con acento de agonía,
y de dolor y de vergüenza llenos,
doblan al punto la abatida frente.
¡La Macarena del cristiano es presa!
¿Qué resta ya á Sevilla? Circundada
por invencibles huestes, sin amparo
en sus hijos, que ocultan en la sombra
su ignominia, percibe los rumores
cercanos del ejército enemigo
que va el muro á escalar, y al fin decide
sus llaves entregar al rey Fernando
é implorar su perdón y su clemencia.

¡Oh dicha sin igual! ¡Llegó el momento!
¿Quién pintar puede el gozo y la alegría
del castellano ejército, que en himnos
de entusiasmo prorrumpe, y fervoroso
eleva al cielo su plegaria ardiente?
De Castilla la enseña victoriosa
tremola en la ciudad y al moro aterra.
Sevilla libre es ya. La que sultana
un tiempo fué, y en zambras y festines
endulzó las cadenas que á su cuello
el Islám anudó con mano fuerte,
levanta la cabeza donde brilla
aureola inmortal. ¡Gloria al rey santo!
¡Gloria al que supo devolver á España
joya de tal valor, timbres tan puros!

¡Gloria al que supo en el undoso Bétis
fijar por siempre de Castilla el génio!

VI.

Ya de nieve se cubren las montañas...
Las flores ateridas, en sus tallos
doblan tristes sus pálidas corolas.
Con indecisa luz el sol fulgura
entre gasas flotantes, cual si el soplo
del invierno sus rayos ocultara;
y parece que todo, respondiendo
á la aflicción del mulsumán, esconde
sus encantos que fueron la alegría
del sevillano pueblo. Hassen sus ojos
al Africa dirige. Aquellas playas
do en otro tiempo se meció la cuna
de sus mayores, cual imán potente
atraen de su espíritu las fuerzas
para hacerle olvidar de su Sevilla
la memoria infeliz.

¡Ay! ¿Quién del alma
medir sabe el dolor? Negros abismos
presenta al corazón la infáusta suerte,
y al resbalar el pié, desde la altura
rueda la dicha sin hallar el fondo,
que el anhelo jamás límite encuentra.
¡Sevilla es del cristiano!... Aterradora
idea que de Hassen el pecho rasga.
Del árabe poder las maravillas,

siglos y siglos, á la edad futura
contarán de Fernando la grandeza,
y el universo mirará asombrado
sobre la tumba del Islám, al viento
flotar el estandarte de Castilla.

¿Qué se hicieron los bravos paladines
terror un tiempo del cristiano? ¿Dónde
los que al compás de la morisca guzla
cantaban su valor y sus proezas
y á sus bélicas glorias enlazaban
los triunfos del amor? ¡Ah!... sus hogares
perdidos ven, y cual errante alondra
quieren lanzar su postrimer suspiro
en clima extraño, donde al fin la muerte
mitigue sus angustias y dolores.
Pátria, riquezas, esperanza... todo
el destino fatal sumió en la sima
del pasado, y tan solo en la memoria
reviven como tétricos fantasmas.

Desparramadas del Korán las hojas,
la cruz en la mezquita abre sus brazos:
espesas nubes de fragante incienso
el ámbito perfuman, y se extiende
el cántico sagrado por sus naves.
La imágen de la Virgen, blanca estrella
del proceloso mar de las pasiones,
sobre su régio pedestal que adornan
trofeos del infiel como despojos
de un triunfo sin igual, su faz divina

muestra al guerrero que se postra humilde
ante su augusta majestad.

Fernando
también se postra fervoroso, henchido
de ardiente amor, que por tan santo influjo
á término feliz llevó su empresa
y aherrojó para siempre, victorioso,
el orgullo del árabe á sus plantas.
Si arrogante en la lid mostróse, ahora
su perdón ante el ara al pueblo ofrece;
su noble pecho de placer se engríe,
y ante la voz del sacerdote santo
que bendice las armas vencedoras,
súbito mira de su estirpe régia
surgir allí las sombras venerandas,
ciñéndole la sién con inmortales
láuros que un tiempo abrillantó la gloria.

Su anhelo se cumplió. Sus timbres puros
se graban del alcázar en las puertas,
mansión que há poco, del muslín encanto,
en áureo camarín aprisionaba
bellezas sin rival, como las flores
que sus calados pórticos adornan.
Allí del tiempo el destructor aliento
pasará, respetando de Castilla
el blasón que de Dios la mano vela.
El padre Bétis llevará á los mares
la fama de aquel pueblo sin segundo,
y Sevilla cristiana, su hermosura

mostrará alborozada entre vergeles,
mientras sus hijas, del amor sagrario,
coronarán de mirto su cabeza.

Certamen Científico-Literario de Reus.

Estudio histórico premiado por el Centro de Lectura con *un regalo de 200 pesetas.*

RESUMEN COMPARATIVO

DE LAS CIVILIZACIONES ROMANA Y ÁRABE EN ESPAÑA.

I.

Entre todas las historias que los pueblos nos presentan para las investigaciones del espíritu humano, ninguna más interesante para nosotros mismos que la de nuestra pátria. Los hechos acaecidos en nuestro suelo desde los tiempos primitivos; la multitud de hombres célebres que á cada paso nos presenta; los grandes problemas sociales resueltos hasta de una manera providencial en medio de las tremendas crísis porque atrave-

saba el mundo, hacen de la historia de nuestra nación un objeto de estudio profundísimo, al par que de veneración y respeto.

Colocada nuestra península en uno de los puntos más importantes de la tierra, y beneficiada por la naturaleza con los grandes tesoros de su infinita fecundidad, ha sido siempre, por su posición y su riqueza, un incentivo de envidia para otros pueblos más empobrecidos, y un campo abierto para la soberbia y ambición de muchos.

En la edad antigua, vése invadido nuestro suelo por diferentes explotadores que, desde los fenicios hasta los romanos, nos presentan una larga série de hechos importantes, dándonos á conocer la medida de nuestro valor y ofreciendo una fuente inagotable á la imaginación del narrador y del filósofo. Más adelante, las tribus del Norte, desgarrando el manto de púrpura de la vieja Roma y arrancando de su corona el florón de la península ibérica, echan los cimientos de nuestra monarquía para ser luego aniquilados por la espada del Islam. Hasta en la edad moderna, y aun en la contemporánea, nuestro territorio ha sido sumamente codiciado, siendo tan importante el estudio de todas estas épocas, que con dificultad podrá presentarse otra historia más brillante, por los numerosos y trascendentales sucesos de donde se entresacan lecciones de suma utilidad.

Aquí las ciudades asombro del mundo, Astapa, Numancia, Sagunto, Tarifa, Zaragoza, Gerona y Astorga: aquí los mejores laureles de los más esclarecidos capitanes, desde Anníbal hasta Napoleón, tumba del génio frances como castigo de sus locas ambiciones: aquí la monarquía de la Edad-media, dique seguro contra la barbarie del feudalismo y amparo de los pueblos, encarnación augusta de nuestras santas libertades: aquí,

en fin, todo lo más grande y lo más noble que la historia presentar puede, porque grande y noble ha sido, es y será el alma de los que tienen la dicha de ver la luz bajo la bóveda de nuestro hermoso cielo.

Ahora bien: entre todas las invasiones y dominaciones que ha sufrido España, hay dos que se destacan por sí mismas entre todas las demás, como descuella altísima palmera sobre un campo de pequeños arbustos, y son las que más consideración ofrecen por su importancia, pudiéndolas clasificar como las épocas más dignas de estudio entre todas las de nuestra historia. Aludo á la dominación de los romanos y á la de los árabes.

¿Cuál de las dos es más importante? ¿Cuál de ellas merece nuestra preferencia para su estudio? Difícil es contestar á primera vista, y sobre la comparación de ambas, en su relación con el progreso, va á versar este modesto trabajo, deduciendo en consecuencia la respuesta de las preguntas formuladas.

II.

Tras largos años de sangrienta y tenaz lucha, las águilas romanas enseñoreáronse por fin de la península ibérica; y cuando calmada la ambición de audaces senadores y vencidos los enemigos exteriores de la república constituyóse el imperio, la paz octaviana, dando principio á una era desconocida hasta entonces en los fastos de la historia, preparó el mundo para marcar en él una de las más grandes etapas del progreso humano. En efecto; clasificándose como provincias romanas todas cuantas regiones hasta entonces se conocían, la guerra no podía ya tener objeto ni incentivo alguno. Al espíritu belicoso habia de suceder necesariamente otro espíritu en con-

sonancia con las naturales aspiraciones del hombre, con esos deseos que, aun á través de las revoluciones y de los vicios sociales, no se apagan ni se extinguen, sino que por el contrario se manifiestan en todo tiempo y lugar, para hacernos caminar por la senda de una civilización creciente que estreche los vínculos de unos pueblos con otros, hasta llegar al término de nuestra peregrinación sobre la tierra.

Desde el glorioso reinado de Augusto, las costumbres desordenadas que no habían podido ser reprimidas por las leyes Orchia y Voconia, y que más adelante, cuando el imperio perdió su importancia, marcaron la disolución que causó la muerte de aquella sociedad, comenzaron á suavizarse lentamente bajo el influjo de la filosofía estóica que había encontrado prosélitos hasta en las inteligencias más distinguidas. La esclavitud, que aún desde antes de la constitución de la república, venía encadenando millones de séres infelices á la voluntad de sus despóticos señores, lentamente iba adquiriendo menos importancia, á medida que adelantaba la civilización y se estrechaban los vínculos sociales con la sana moral del cristianismo.

Las artes y las ciencias brotaron como por encanto, y la luz que irradiaba el sol de la metrópoli llegaba hasta los más apartados confines del vasto imperio, ahuyentando las sombras de un pasado ennegrecido por el fango de las pasiones desenfrenadas ó por la ignorancia corrosiva que habia minado los cimientos de la sociedad. La lengua del Lácio, gran elemento del progreso, bien pronto dejó sentir su influencia beneficiosa, imponiéndose al fin en todas partes: y la legislación, caminando de adelanto en adelanto, llegó, por fin, á fijar respetables derechos, condensando en un código, que aún admiran y estudian las generaciones presentes, todo cuanto de grande y

civilizador podía conseguirse en una época que luchaba con los estertores del paganismo y con los gérmenes de la santa doctrina que habia sellado su Autor con su propia sangre al espirar sobre una cruz.

España no pudo sustraerse en manera alguna al influjo de la superioridad de sus vencedores. Explotada largos años por pueblos ansiosos de dominio y de riqueza, había consumido sus fuerzas en la titánica lucha sostenida contra Roma, sin cuidarse para nada de sí misma y sin salir apenas de un estado que en el rigor de la frase pudiéramos llamar casi primitivo, por cuya razón, al presentar sus elementos vírgenes al contacto de la civilización romana, quedó moralmente vencida como materialmente lo había sido ya, y comenzó á despertar de su letargo para encontrarse en un mundo desconocido que modificaba en gran parte su modo de ser y hasta sus naturales inclinaciones.

Así como la esponja sumergida en un líquido, absorve gran cantidad de éste hasta llenar por completo sus cavidades, de la misma manera España absorvió, sin esfuerzo alguno, cuanto de superior le rodeaba, hasta llegar á nivelarse con el valor de las provincias itálicas que podían considerarse como el núcleo de la civilización que entonces existía.

Dócil y flexible el carácter hispano, olvidó pronto sus antiguos sentimientos de independencia, dedicándose por completo al fomento de sus propios intereses y fraternizando con los conquistadores que, lejos de imitar á los fenicios y cartagineses, no consideraron nunca á España como obj to de explotación, sino como parte integrante de una nación que sólo habia aspirado al dominio universal. Así se vé que en el equilibrio político establecido por Roma, España fué también llamada á la participación de ciertos derechos, y su territorio

fué sometido al mismo régimen administrativo y gubernamental que imperaba en todas las provincias, inclusas las que se extendían desde la falda de los Alpes hasta el golfo de Tarento.

Aún se ven en nuestro suelo las huellas de aquel período de engrandecimiento, y la historia conserva y ensalza nombres de españoles ilustres que dieron dias de gloria al colosal imperio de los Césares. Monumentos artísticos que revelaban el gusto estético que dominó en Atenas, acueductos y vias de comunicación que favorecian las producciones y el comercio, academias y liceos donde la juventud estudiaba todos los adelantos de Roma, fortificaciones para la defensa del territorio, y ciudades opulentas donde se ostentaba el estado floreciente de la península, todo fué obra de aquella época memorable.

La riqueza natural de nuestros campos, limitada antes á fáciles y casi expontáneas producciones, comenzó á desarrollarse con los nuevos sistemas de cultivo importados de otros pueblos, mostrando en breve praderas extensísimas, cuyos abundantes y preciados frutos no sólo sustentaban las necesidades del país, sino que se exportaban á diferentes estados del imperio. La industria también adquirió un notable desarrollo, y, utilizándose los trabajos formados anteriormente por las colonias comerciales de fenicios y cartagineses, las entrañas de nuestros montes se abrieron para dar salida á los filones argentíferos, los más abundantes que en el mundo entonces conocido existían.

La púrpura imperial cubrió los hombros de Adriano y Marco Aurelio, é inmortalizó el nombre del gran Trajano. La filosofía y las letras colocaron á los dos Sénecas, Lucano y Marcial al lado de los Cicerones, Horacios y Virgilios. La rica y armoniosa lengua latina limitó el euskaro á las hoy re-

giones vascas, ahuyentó los vestigios del cartaginés y preparó los cimientos del hermoso idioma que siglos después comenzó á hablarse en Castilla y que es hoy la lengua neo-latina más majestuosa' y completa de cuantas se conocen. Por último, la legislación que había pasado por la imperfecta de las Doce Tablas y las considerables innovaciones de Augusto y Constantino hasta la Instituta de Justiniano, marcó para siempre el derrotero de nuestros derechos civiles, y aún después de quebrantado el gran imperio, dominó en el carácter legislativo de los godos, y dió al sábio Alfonso el modelo de sus Partidas, algunas de las cuales, para gloria de su autor, rigen en medio de la civilización del siglo XIX.

¿Quién negaría, en vista de estos datos elocuentísimos entresacados de los muchos que la historia nos presenta, y enumerados de la manera más breve y concisa ¿quién negaría, repito, la gran influencia que en el pueblo español ejerció la dominación romana? ¿Quién se atrevería á rebajar la importancia de su estudio, cuando la primer etapa de verdadera civilización que España registra en sus anales está precisamente encarnada en la más grande del imperio romano que, en medio de los vicios y males que absorvió de los paises conquistados, dando lugar á la depravación de costumbres, cáusa principal de su ruina, importó de la Grecia, del Asia y aún del Egipto los restos de aquellas civilizaciones que aún asombran al espíritu investigador, cuando trata de analizar las maravillosas manifestaciones del progreso humano? Nadie, en verdad, se atrevería á amenguar el valor que para España representan aquellos siglos, por más que el yugo dominador de Roma aherrojara nuestra independencia á las plantas de su triunfal carroza, y las águilas imperiales se enseñorearan en todos los ángulos de la península ibérica.

III.

La dominación árabe, á la vez, nos presenta otro estudio digno de la mayor consideración. Más cercana á nosotros por lo que se refiere al tiempo, es una civilización de índole distinta á la romana, aunque coincidiendo con aquélla en todo lo que coinciden siempre los adelantos, cuando su objeto es elevar al hombre á mayor altura, trayendo la mayor suma posible de elementos para el desarrollo de la inteligencia.

España había decaido bastante desde el momento en que las tribus del Norte habían llamado á las puertas del cesáreo imperio, y desde que el cristianismo, amasando los cimientos de una nueva sociedad, se preparaba como sol de gracia á disipar las tinieblas del error y del paganismo. Teatro nuestro suelo de sangrientas luchas, perdiéronse muchos frutos producidos á la sombra de la paz. La monarquía gótica, implantando un régimen desconocido, fué un campo abierto á la ambición de poderosos magnates, y la ley de castas, dividiendo en razas y familias distintas á godos y españoles, trajo por consecuencia un marcado retroceso en la marcha de la civilización.

Si bien desde que Recaredo abrazó el catolicismo y la ley de castas abolióse y los Concilios de Toledo, con su carácter religioso al principio y mixto después, fueron un impulso para sacar á España de su decadencia, los vicios de los monarcas posteriores, especialmente los de Witiza y Rodrigo, concluyeron por entregar la nación á la vencedora espada de los árabes, sepultando el Guadalete los restos de una monarquía corrompida y desgraciada.

IV.

Posesionados los musulmanes de nuestra península, conocióse desde luego que, más bien que conquistadores, eran portadores de una civilización grande y desconocida. Cumpliendo con una misión providencial y acaso sin adivinar el principal objeto para que Dios los destinara, los árabes vinieron á derramar sobre fértiles campos una semilla que, algunas centurias después, había de producir ópimos frutos, no sólo en España, sino en Europa y en todo el mundo civilizado, para dar más tarde cima á todos sus adelantos con la cultura de que hoy hace gala el más grande y el más ilustrado de todos los siglos.

Políticos en alto grado y con objeto de halagar á los naturales del país, para encontrar en el antagonismo nacional la menor resistencia posible, dejábanles libres el ejercicio de su religión y hasta sus leyes particulares. Ménos fanáticos que sus hermanos del Africa y del Oriente, apartábanse de los más rigurosos preceptos de su doctrina, por lo cual el fatalismo que tanto dominaba á aquéllos, quedó desterrado en parte, para dejar á la razón volar por las más altas regiones de la inteligencia.

Mientras los árabes españoles estuvieron sujetos al imperio de Damasco, tardío y lento fué el desarrollo de sus apreciables innovaciones; pero cuando el kalifato de Córdoba dió á conocer la independencia de los descendientes de Tarik y Muza rápido fué entonces su desenvolvimiento, y la estrella del progreso brilló en el cielo de nuestra península con la magnificencia y explendor de un astro sin rival.

No importa que algunos historiadores y cronistas, llevados

de un exagerado celo por la religión cristiana, siempre en pugna con las doctrinas del Korán, hayan tratado de amenguar la gloria de los musulmanes. Hoy que la crítica razonadora prescinde del apasionamiento y sabe apreciar como son en sí los innegables hechos que se ofrecen á la consideración del filósofo, no es posible tratar de oscurecer lo que es claro y evidente, y nadie se atrevería, sin merecer altas censuras, á rebajar un solo quilate de la importancia de la dominación musulmana.

Relativamente á los adelantos de la época, acaso no se atrevería hoy Europa á presentar una ciudad que pudiera ponerse en parangón con Córdoba durante el glorioso período de sus kalifas. Hoy los grandes centros de ilustración, á una altura verdaderamente considerable, trabajan y edifican sobre los cimientos que prepararon otras generaciones. Córdoba cimentó y construyó por sí misma con sus propios elementos, unidos á los que importaron del Oriente sus sábios y sus guerreros, y logró extender las ciencias hasta en las inteligencias más refractarias y vulgares.

Mientras los nobles de Europa, gente ignorante y turbulenta, se entregaban á sus vicios y á sus inmundas costumbres y continuaban la esclavitud romana en otra forma, teniendo sobre sus vasallos (siervos de la gleba) derecho de vida y muerte, las comunidades religiosas, primer baluarte de la moderna civilización, que se hallaban entonces muy lejos de oponerse á los adelantos sociales que ellas mismas fomentaron cuando no aspiraban inmoderadamente al dominio de los pueblos, mandaban á Córdoba delegados que estudiaban y aprendían cuanto les presentaba la ilustración sarracena. Con el apoyo de tan respetable institución, nació entonces á la sombra del cláustro la mesocrácia, ese gran poder equilibrador que enfrena las

utópias de la plebe inculta y contiene y amengua los irritantes abusos de los aristocráticos señores, formándose los gremios y dando fuerza á una nueva clase que, mas adelante, absorviendo los tres elementos más civilizadores, virtud, inteligencia y capital, había de llegar á imponerse por sí misma y á marcar el derrotero de las actuales sociedades.

Así el espíritu cristiano, eminentemente progresivo y civilizador, que desde la cumbre del Gólgotha habia mostrado su grandeza haciendo estremecerse los cimientos de las antiguas sociedades, que había predicado el sagrado lema de libertad, igualdad y fraternidad, condenando la servidumbre y los derechos de la fuerza, que había levantado la dignidad de la mujer á la altura de la del hombre, que había roto las cadenas humillantes con que los tiranos oprimían á sus pueblos, que había enrojecido las arenas del circo con la sangre de sus mártires y apóstoles para fecundizar la semilla de sus doctrinas; ese espíritu que había luchado frente á frente con obstáculos considerables, manifestóse entonces en la plenitud de su desarrollo al nacer esa clase niveladora del fondo de la misma servidumbre y protegida por los representantes de la más civilizadora y moral de todas las religiones, iluminada su inteligencia por el afán de ilustración que despertaban en su alma los mismos enemigos de sus ritos y sus dogmas.

De aquel movimiento científico y artístico, las Matemáticas y la Medicina remontaron su vuelo á una altura sorprendente: la numeración arábiga, simplificando las operaciones enojosas de los signos romanos, impúsose por sí misma: la Música y la Poesía, enriquecidas con nuevos elementos, llegaron á encarnarse en el corazón de los pueblos: la Agricultura alcanzó el apogeo de su grandeza, sin haberse podido añadir mas que algunas ligeras é insignificantes modificaciones en

las magníficas huertas que alfombran y enriquecen las provincias de Levante y Mediodía; y hasta la Alquímia y la Astrología, madres de la Química y de la Astronomía, dejaron no pocos adelantos, de los que se apoderó el espíritu investigador al darles la forma científica con que hoy los conocemos.

El ejemplo de Córdoba creó imitadores y rivales, á la división del kalifato, en las capitales de los reinos formados; y aunque la misma rivalidad les hizo atender con preferencia á las armas, el deseo de sobresalir y aventajar unas á otras, trajo la formación de numerosos centros de enseñanza, especialmente en Granada, Valencia y Almería, donde adquirían gran consideración los que se distinguían por sus conocimientos en las letras y en las artes.

Y no eran solamente los habitantes del resto de Europa los que aprendían de los moros cuanto se mostraba como producto de su civilización. Sus enemigos los castellanos, unas veces por las conquistas, otras por el contacto de los pueblos, y muchas por el estudio al lado de los árabes, asimilábanse lo que de superior encontraban hasta el punto de modificar por completo su carácter y sus costumbres, como en prueba de sumisión al impulso progresivo que los dominaba. Sólo en aquella época las artes manufactureras colocáronse á igual altura que las orientales, y los riquísimos trabajos de sedería de Zaragoza, Valencia, Murcia y Granada, en competencia con los de Damasco, alcanzaron un grado de perfección que en vano intentan conseguir hoy los centros fabriles más adelantados de Lyón y de Londres.

Como en prueba de la importancia que tuvieron las artes mecánicas y el comercio, citaré tan solo los nombres de Zaragoza y Almería, la primera de las cuales contaba con más de cuatro mil telares de seda y multitud de fábricas de utensilios de cris-

talería y ferretería, y la segunda veía su puerto concurrido por mayor número de naves que la misma Génova en la época de su mayor prosperidad.

Hasta la lengua áspera y simbólica de los sarracenos dejó sentir la influencia del pueblo que la hablaba, y al desaparecer el latín para formarse el idioma castellano, muchas voces árabes entraron en su composición, adquiriendo para siempre carta de naturaleza en el riquísimo vocabulario de Castilla.

La Arquitectura también marcó por entonces el sello de su grandeza. En los diferentes monumentos que aún existen en Granada, Sevilla, Córdoba y Toledo, y en muchas que el fanatismo y la ignorancia, más que la mano destructora del tiempo, arrasó en esas poblaciones y en otras donde arraigó por algunos siglos el poder de los muslines, la imaginación oriental no sólo esculpió la historia del valor y grandeza de aquel pueblo, sino que dejó grabado un encanto que no se encuentra ni en las preciosas ornamentaciones góticas, ni aún en las severas y majestuosas líneas de las construcciones greco-romanas, por más que como tales artes, éstas sean siempre superiores á aquélla.

Pero donde más se marcó la influencia de la dominación musulmana fué en las costumbres. Han pasado algunas centurias desde que se verificó la unidad nacional bajo el poderoso cetro de los Reyes Católicos y los sectarios del Profeta, cubiertos de lágrimas y luto, volvieron á cruzar los mares que ocho siglos antes habían surcado llenos de esperanza y ardimiento: grandes sucesos han conmovido hasta los cimientos sociales: numerosas influencias extrangeras han implantado innovaciones y gustos en consonancia con los de diferentes paises europeos; y sin embargo, en la masa de nuestro pueblo meridional, en sus usos, en su lenguaje, en sus cantos, en sus

manifestaciones íntimas, en todo lo que constituye su modo de ser, se ve el predominio musulmán, expresión viva de aquella raza que al desaparecer de nuestro suelo, nos dejó como en herencia recuerdos que no borrarán multitud de generaciones sucesivas.

V.

Ahora bien: expuesto cuanto de más saliente se encuentra en la historia de las dominaciones árabe y romana, surge una consideración importante, que no es posible dejarla en el silencio, si es que tratamos de deducir, de la comparación de ambas, cuál de ellas ha sido más trascendental en el movimiento progresivo de nuestro pueblo.

Vemos que al pasar España á ser provincia de Roma, se encuentra en unas condiciones muy distintas á las que presenta al comenzar á formar parte de los dominios mahometanos. En la primera de dichas épocas, apenas nuestra nación conocía los albores del progreso, y al hallarse en contacto con la civilización de sus vencedores, las dulzuras de la paz prepararon á los vencidos para asimilarse, sin esfuerzo de ningún género, cuantos adelantos se ofrecían en rededor suyo que, como una atmósfera suave y pura, envolvían el cuerpo social de la nación.

Por el contrario, la monarquía goda no había borrado ó modificado sino solo una parte de la civilización romana; y como desde la rota de Jeréz comenzó entre españoles y sarracenos una lucha titánica de siglos, además de asquerosas guerras civiles que llevaban por doquier el atraso y la desolación, no hubo jamás entre vencidos y vencedores ese contacto íntimo que funde las razas é identifica las aspiraciones,

por más que en las zonas meridionales unos y otros llegaron á deponer toda enemistad y á considerarse como individuos de una gran familia que había venido á realizar en la historia uno de los hechos más gloriosos y trascendentales. Y sin embargo, á pesar de obstáculos de tal naturaleza, la civilización árabe se desarrollaba de una manera gigantesca. Las operaciones militares no pudieron atajar la corriente del progreso que se imponía por su grandeza misma, y al par que el fragor de los combates despertaba el valor de los guerreros y amenguaba en Castilla el poder oligárquico para dar fuerza á las coronas y autonomía al municipio como base de las libertades públicas, el afán de ciencia, adquirido al influjo musulmán, llevó á los conventos el noble deseo del saber, recopilando allí cuanto las civilizaciones antíguas habían consignado y cuanto les ofrecía la entonces preponderante cultura de los sarracenos.

¿Qué hubiera sucedido, si por uno de los designios inescrutables de la Providencia, España no hubiera podido alzar su voz en las montañas de Covadonga, y su sumisión á la espada de los árabes hubiese contribuido á afianzar el poder sarraceno en la península? Indudablemente la paz habría sido un estímulo poderoso para los adelantos de la civilización. Vencidos y vencedores, deponiendo todo enojo y unidos en el bien común, hubieran empleado sus fuerzas é intereses en la obra del progreso, alcanzando en menos tiempo mayor grado de cultura, y acaso, acaso llegando á coger todos los frutos de aquella semilla que esparcieron los árabes que, aislados y en contínuas guerras, no pudieron ver fructificar sino sólo una parte de sus meritorios y laudables trabajos.

Indicada, pues, la notable diferencia que existe en las circunstancias que acompañaron á las dos épocas que aquí se

comparan y que conviene tenerla presente, para comprender en cuanto sea posible el valor de cada una, me permitiré decir que, á pesar de todo, pretender juzgar en absoluto y con exacto conocimiento las civilizaciones romana y árabe, es tal vez un imposible. El tiempo y el hombre, enemigos de sus mismas obras, destruyen impíamente cuanto pudiera guiar á generaciones posteriores en la tenebrosa noche del pasado. Antes de que el génio sin igual de Guttenberg inventara la imprenta, la historia de los pueblos esculpíase en los monumentos arquitectónicos ó confiábase con otros productos del ingénio humano á frágiles papiros escritos entre numerosas dificultades ó á la tradición que siempre altera ó desfigura los hechos, cuando no los mutila y los entrega al olvido.

De aquí que gran parte de la historia de ambos pueblos, con especialidad del romano, nos es absolutamente desconocida, por cuya razón sólo podemos atenernos á lo que de ambas resta, para emitir sobre ellas una opinión, con arreglo á nuestro modo de pensar ó de sentir.

Llegado, pues, á este punto, y siéndome forzoso emitir la mía, cual lo requiere la índole de este insignificante escrito, creo que, si bien ambas civilizaciones nos importan mucho; si las dos son dignas del mayor estudio y reverencia, debemos dar el primer lugar á la de los árabes, por considerarla no sólo como más cercana á nosotros sino por creerla á mayor altura que la romana, dado su potente influjo y las grandiosas consecuencias que desarrolló en la historia del progreso humano.

No entraré en otras consideraciones acerca del régimen interior de ambos pueblos, exámen de sus leyes y extructura de su política, porque para ello sería preciso formar un plan muy distinto al de este trabajo y ocupar un volumen bastante

mayor que el presente; y en gracia de la brevedad, para el objeto propuesto, es de creer que basta con lo que dejo apuntado.

No me jactaré nunca de haber acertado en la opinión emitida, al dar la preferencia al estudio de la civilización árabe sobre el de la romana; pero teniendo por punto de partida que debemos juzgar con relación á nosotros mismos, y que mientras España en el cesáreo imperio era una provincia, en la dominación árabe consiguió ser un estado independiente, dedúcese clara y lógicamente la supremacía que para nuestro pue-pueblo presenta la ilustración y cultura de los árabes, por lo mismo que en este segundo período España daba y no recibía ejemplos de civilización.

VI.

He terminado mi trabajo, sencillo y breve en la forma, pobre tal vez en el fondo, cuando por la índole misma del asunto, dificilísimo en sí, acaso hubiera sido mejor tratarlo con la extensión debida que reducirlo á la simple exposición de los conceptos más culminantes; pero supla la falta de acierto la buena voluntad que me ha guiado y el trabajo de una concisión, inútil quizá, al intentar quebrar una lanza en el honroso palenque literario, donde me presento con la desconfianza que me dá el conocimiento de mis escasas fuerzas.

ÍNDICE.

PÁGINAS.

El último adios. 5

La razón y la fé. 15

Reconquista de Sevilla por el Rey D. Fernando III el Santo. 23

Resumen comparativo de las civilizaciones romana y árabe en España. 49